

vía á ocupar su sitio, animada la faz y atenta nuevamente. La primera ojeada de Faloise fué para Gagé, no siendo su asombro poco al ver junto á ella á aquel rubio alto que, momentos antes, estaba en el palco de Lucy.

—¿Cómo dices que se llama aquel caballero?—preguntó.

Fauchery no le veía.

—¡Ah, sí, Labordette!—dijo al fin con el mismo gesto de indiferencia.

La decoración del segundo acto fué una sorpresa. La escena pasaba en un baile de arrabal, en la «Boule Noire», en pleno martes de carnaval; un coro de pierrots entonaba una ronda, cuyo estribillo acompañaba á talonazos. Esta escapatoria truhanesca, que el público estaba lejos de esperar, agradó tanto, que hubo de repetirse. Y allí era donde la comitiva de los dioses iba á proceder á su información, engañada por Isis, que se jactaba falsamente de que conocía la Tierra. Para conservar su incógnito, se habían disfrazado. Júpiter apareció vestido de rey Dagoberto, con sus calzas al revés y una gran corona de hojalata. Febo iba de Postillón de Lonjumeau, y Minerva de nodriza normanda. Una salva de risotadas acogió á Marte, que vestía un traje extravagante de Almirante suizo. Pero las carcajadas hicieronse escandalosas al ver á Neptuno de blusa, con una gorra piramidal, y patillas pegadas á las sienes, arrastrando sus pantuflos y diciendo con voz grosera: «¿Y qué? ¡cuando uno es buen mozo, hace bien dejándose amar!» Oyéronse unos cuantos «ohl! oh!» en tanto que las señoras levantaban un poco sus abanicos. Lucy, en su palco proscenio, reía tan ruidosamente, que Carolina Héquet hubo de hacerla callar con un abanicazo.

Desde aquel momento, la obra estaba salvada; y se dejaba entrever un gran éxito. Aquel carnaval de los dioses, el Olimpo arrastrado por el fango, toda una religión, toda una poesía befas, parecieron exquisi-

to bocado. La fiebre de la irreverencia se apoderaba del mundo literato de los estrenos; pateábase la leyenda, quebrábanse las antiguas imágenes. Júpiter tenía una hermosa cabeza, Marte estaba al pelo. La dignidad real se trocaba en farsa, y el ejército en bufonada. Cuando Júpiter, enamorado repentinamente de una lavanderita, se puso á danzar un cancan desenfrenado. Simona, que hacía de Lavandera, lanzó un puntapié á las narices del rey de los dioses, llamándole tan chuscamente «papaíto mío» que el teatro en peso estalló en frenética hilaridad. Mientras danzaban, Febo obsequiaba á Minerva con un ponche y Neptuno reinaba entre siete ú ocho mujeres, que le regalaban pastelillos. Cogíanse las alusiones, añadiéndoseles obscenidades; las voces más inofensivas eran desviadas de su sentido por las exclamaciones del patio. Hacía largo tiempo que el público de un teatro no se había revolcado en tan irrespetuosa necedad. Esto le regocijaba.

Entretanto la acción seguía adelante, en medio de tales locuras. Vulcano, vestido muy elegante, en traje amarillo y guantes amarillos y su lente en el ojo, corría siempre en pos de Venus que, por fin, llegaba vestida de verdulera, con pañuelo en la cabeza, sumamente escotada y ornada de gruesas joyas. Estaba Naná tan blanca, tan regordeta y tan en su elemento en su personaje de robustas caderas y mórbida garganta, que al momento se enseñoreó del teatro. Por ella hasta olvidaron á Rosa Mignon, vestida de delicioso bebé, con su chichonera y su vestido de museлина, que acababa de suspirar las quejas de Diana con encantadora voz. La otra, la gruesa moza que se golpeaba los muslos, que cacareaba como una gallina; exhalaba en torno de ella un olor de vida, una omnipotencia de mujer, que embriagaban al público. Desde el segundo acto todo se le permitió: mantenerse mal en escena, no cantar una nota afinada, desmemoriarse; no tenía más que volverse hacia el patio y

reír, para arrancar bravos. Cuando daba su famoso golpe de cadera, la orquesta se enardecía, y el entusiasmo volaba de galería en galería, hasta la bóveda de la sala. Así, pues, cuando se puso á dirigir el baile, fué un triunfo. Estaba allí como en su casa, en jarras, representando una Venus del arroyo, en el borde de una acera. Y la música parecía hecha para su voz arrabalesca, una música de dulzaina, un regreso de feria de Saint Cloud, con estornudos de clarinete.

Dos números enteros merecieron los honores de la repetición. El vals de la sinfonía, aquel vals de picaresco ritmo, reaparecía y arrebatava á los dioses. Juno, disfrazada de labradora, atrapaba á Júpiter con su lavanderita y le abofeteaba. Diana sorprendiendo á Venus mientras daba una cita á Marte, apresurábase á comunicar el sitio y la hora á Vulcano, que exclamaba: «Tengo un plan.» Lo demás no parece muy claro. La información acababa en un galop final, después de la cual Júpiter, sofocado, bañado en sudor y sin corona, declaraba que las mujercitas de la Tierra eran deliciosas y que la culpa de todo la tenían los hombres.

Bajaba el telón cuando, dominando los bravos, unas voces gritaron violentamente:

—¡Todos! ¡todos!

Entonces, el telón volvió á levantarse y los artistas salieron cogidos de la mano. En el centro, Naná y Rosa Mignon, una al lado de otra, hacían reverencias. El público aplaudía y la «claque» aclamaba. Después, lentamente, la sala quedó vacía.

—He de ir á saludar á la condesa Muffat,—dijo la Faloise.

—Bueno; así me representarás,—respondió Fauchery.—Y nos despediremos en seguida.

Mas no era cosa fácil llegar á los palcos del primer piso. En aquel pasillo las gentes se aplastaban materialmente. Para adelantar por entre los grupos, era

preciso adelgazarse, deslizarse, valiéndose de los codos. Arrimado á la pared, debajo de una lámpara de bronce donde brillaba un mechero de gas, el crítico grueso juzgaba la obra, ante un círculo que le escuchaba con la mayor atención. Algunos, al pasar, le nombraban entre sí, á media voz. Todo el acto había estado riendo, tal era el rumor de los pasillos; y no obstante, se mostraba muy severo, y hablaba del buen gusto y de la moral. A corta distancia, el crítico de los labios delgados demostraba una benevolencia de saborcillo ingrato, como la leche que se agria.

Fauchery examinaba los palcos, de una ojeada, por las aberturas redondas de las puertas. Pero el conde de Vandevres le detuvo, interrogándole, y cuando supo que los dos primeros iban á saludar á los Muffat, les indicó el palco número 7, del que precisamente acababa de salir. Después, inclinándose al oído del periodista:

—Decid, querido: ¿No sería esa Naná la que vimos una noche, en la esquina de la calle de Provence?

—¡Sí! ¡tenéis razón!—exclamó Fauchery;—bien decía yo que no me era desconocida.

La Faloise presentó á su primo al conde Muffat de Beauville, quien se mostró muy frío. Pero al oír el nombre de Fauchery la condesa había levantado la cabeza y, con una frase discreta, felicitó al cronista por sus artículos del *Figaro*. Apoyada en el terciopelo de la barandilla, habiase ladeado un tanto en dirección á los recién venidos, con un delicado movimiento de hombros. Hablaron un rato y la conversación recayó sobre la Exposición Universal.

—Será magnífica,—dijo el conde, cuya faz angulosa y regular conservaba una gravedad oficial.—Esta mañana he visitado el Campo de Marte... y he quedado maravillado.

—Aseguran que no estarán terminados los trabajos

á tiempo,—se aventuró á decir la Faloise;—hay allí un atascadero...

Pero el conde, con su acento severo, le interrumpió:

—Lo estarán... El emperador lo quiere.

Fauchery refirió, jovialmente, que corrió peligro de quedarse encerrado en el acuarium, cuando estaba en construcción, un día que había ido allí á buscar asunto para un artículo. La condesa sonreía. De vez en cuando, miraba al patio, levantando uno de sus brazos, cuyo blanco guante le llegaba hasta el codo, y abanicábase con indolente mano. La sala, vacía casi, dormitaba. En el patio, algunos caballeros leían los periódicos; en los palcos las señoras recibían, como en su casa. Reinaba un cuchicheo de sociedad de buen tono debajo de la lucerna, cuya claridad se amortiguaba en el polvillo levantado con el vaivén del entreacto. En las puertas de los pasillos los hombres se apiñaban para contemplar á las mujeres que habían quedado sentadas; y allí permanecían inmóviles un minuto, alargando el cuello, ostentando la pechera de sus blancas camisas.

—Contamos con vos para el martes próximo,—dijo la condesa á la Faloise.

E invitó á Fauchery, quien se inclinó. No hablaron de la obra, ni pronunciaron el nombre de Naná. El conde observaba una dignidad tan fría, que se le hubiera creído en alguna sesión del Cuerpo legislativo. Unicamente, para explicar su presencia, dijo que su suegro era aficionado al teatro. La puerta del patio había quedado abierta y el marqués de Chouard, que hubo de salir para dejar su sitio á las visitas, erguía su alta estatura de anciano, sombreada su blanca y pálida faz por un sombrero de anchas alas, y seguía con sus enturbiados ojos á las mujeres que pasaban.

En cuanto la condesa hubo formulado su invitación, despidióse Fauchery, comprendiendo que sería incon-

veniente hablar de la obra. La Faloise fué el último en salir del palco. Acababa de vislumbrar, en el palco proscenio del conde de Vandevres, al rubio Labordette, instalado á sus anchas, y conversando muy de cerca con Blanca de Sivry.

—¿Con qué, es decir,—exclamó al reunirse á su primo,—que el tal Labordette conoce á todas las mujeres?... ¡Mirale ahora con Blanca!

—Sin duda que las conoce á todas,—respondió tranquilamente Fauchery.—¿De dónde sales, que ignoras eso, querido?

El pasillo estaba algo despejado. Iba á bajar Fauchery, cuando Lucy Steward le llamó. Estaba en el fondo, á la puerta de su palco. Se asaba allá dentro, según decía; y ocupaba toda la anchura del pasillo, en compañía de Carolina Héquet y su madre, comiendo unos dulces. Una acomodadora conversaba maternalmente con ellas. Lucy rió al periodista; ¡vaya qué finura, subir á visitar á otras mujeres y ni siquiera llegarse á saber si las amigas tenían sed! Después, abandonando este tema:

—Has de saber, querido,—le dijo,—que encuentro muy guapa á esa Naná.

Pretendía que Fauchery se quedase en su palco durante el último acto; mas él se equivocó, ofreciendo que pasaría á buscarlas á la salida. Llegados abajo los dos primos, salieron á la puerta para fumar un cigarrillo. Un tropel de gente obstruía la acera, formado por una cola de concurrentes que había bajado la gradería para aspirar el fresco de la noche, en medio del ronquido menguante del bulevar.

Entretanto, Mignon acababa de llevarse á Steiner al café de Variedades. En vista del triunfo de Naná, había empezado á hablar de ella con entusiasmo, mientras vigilaba al banquero con el rabillo del ojo. Le conocía muy á fondo; pero dos veces ya, le había ayudado á engañar á Rosa y luego, una vez extin-

guido el capricho, le conducía á sus pies, arrepentido y fiel.

En el café, los consumidores, demasiado numerosos, se apiñaban en torno de las mesas de mármol; algunos bebían en pie, precipitadamente, y los grandes espejos reflejaban al infinito aquella confusión de cabezas, agrandando desmesuradamente el angosto salón, con sus tres arañas, sus banquillos de gutapercha y su escalera de caracol, tapizada de rojo. Steiner fué á sentarse ante una mesa de la primera sala abierta sobre el bulevar y de la cual habían quitado las puertas más pronto de lo que la estación requería; y al ver pasar á Fauchery y la Faloise, les retuvo:

—Venid á tomar un bock con nosotros.

Una idea le preocupaba; quería hacer arrojar un ramo á Naná. Por último, llamó á uno de los mozos del café, á quien daba familiarmente el nombre de Augusto. Mignon, que estaba en escucha, le clavó una ojeada tan penetrante, que el banquero se quedó turbado y balbuceando:

—Dos ramos, Augusto, y entregadlos á la acomodadora; uno para cada una de las señoras, en el momento oportuno ¿estamos?

En el otro extremo de la sala, apoyada la nuca en el marco de un espejo, manteníase inmóvil una joven, de dieciocho años cuando más, como entorpecida por una larga é inútil espera. Bajo los rizos naturales de sus preciosos cabellos de color de ceniza, ofrecía un rostro virginal, de ojos aterciopelados, dulces y cándidos, y llevaba un vestido de seda verde desteñido, con sombrero de castor, desfondado á pescozones. El fresco de la noche la ponía muy pálida.

—¡Toma! ¡allá está Satín!—murmuró Fauchery al verla.

La Faloise le interrogó. ¡Bah! ¡era una corriente de bulevar, cualquier cosa! Pero tan pilluela, que daba gusto oírla hablar. Y el periodista, alzando la voz:

—¿Qué haces ahí, Satín?—le preguntó.

—Me estoy «enmerdando» (1)—respondió la joven tranquilamente, sin moverse.

Los cuatro hombres, á tal contestación, se echaron á reír.

Mignon aseguraba que no había necesidad de apresurarse; veinte minutos por lo menos eran menester para colocar la decoración del acto tercero. Pero los dos primos, que habían bebido su cerveza, resolvieron subir, sentían frío. Entonces Mignon, á solas ya con Steiner, se apoyó sobre los codos y en voz muy baja:

—Quedamos entendidos, ¿eh?—le dijo;—iremos á su casa, yo os presentaré... Pero esto queda entre nosotros, mi mujer no necesita saber nada.

Vueltos á sus butacas, Fauchery y la Faloise observaron en un palco de segundo piso á una linda mujer, modestamente vestida. Estaba al lado de un señor de aspecto grave, un jefe de sección del Ministerio del Interior, á quien la Faloise conocía, por haberle encontrado en casa de los Muffat. Por su parte Fauchery creía que la mujer honrada que tenía un querido, ni más, ni menos; pero siempre un hombre de respeto.

En esto, hubieron de volver la cabeza. Daguinet les sonreía. Desde que Naná había obtenido éxito, ya no se ocultaba, y acababa de dar una vuelta triunfal por los pasillos. El jovencito escapado del colegio, ni siquiera había abandonado la butaca en el estupor de admiración en que le sumiera Naná. ¡Aquella, aquella era una mujer! y encendido el rostro, se ponía y se quitaba maquinalmente los guantes. Después, oyendo su vecino hablar de Naná, se atrevió á interrogarle:

—Dispensad, caballero ¿conocéis á esa señora que representa?

1) Aburriendo á más no poder. (N. del T., tomada de Rigaud.)

—Sí, un poquillo,—murmuró Daguinet, inquieto y vacilando.

—Entonces, ¿debéis saber dónde vive?

La pregunta era tan chusca, dirigida á él precisamente, que le dieron intenciones de contestarla con un bofetón.

—No,—dijo con sequedad.

Y volvió la espalda. El rubito, comprendiendo que acababa de cometer alguna inconveniencia, se ruborizó más aun y quedó como azorado.

Sonaron los tres golpes de reglamento; las acomodadoras se empeñaban en devolver las prendas, cargadas de abrigos y de gabanés, en medio de la gente que entraba. La «claque» aplaudió la decoración: una gruta del monte Etna, abierta en una mina de plata, cuyos lados brillaban, como escudos recién acuñados; en el fondo, la fragua Vulcano parecía la puesta del sol. Diana, desde la segunda escena, se ponía de acuerdo con el dios, que debía fingir un viaje para dejar libre el sitio á Venus y á Marte. Después, apenas quedaba sola Diana, cuando llegaba Venus.

Un estropecimiento recorrió la sala entera. Naná aparecía desnuda; desnuda, sí, con una tranquilidad audaz, segura de la omnipotencia de su carne. Una sencilla gasa la envolvía; sus hombros redondos, su seno de amazona, cuyas rosadas extremidades se mantenían tiesas y rígidas como puntas de lanza, sus anchas caderas, que se movían en voluptuoso balanceo, sus muslos de rubia gruesa, todo su cuerpo se adivinaba, veía, debajo del transparente tejido, blanco como la espuma. Era Venus saliendo de las ondas, sin más velo que su luenga cabellera. Y cuando levantaba los brazos, vislumbrábanse á las lúces de la batería, los dorados pelos de sus sobacos. No hubo aplausos. Nadie reía. Los rostros de los hombres, serios, se estiraban, adelgazada la nariz, irritada la boca y sin saliva. Parecía como si por la sala hubiera pasado un viento muy tenue, preñado de una sorda amenaza. De

repente, en la niña bonachona se erguía la mujer, alarmante, aportando el arrebatado de locura de su sexo, descubriendo lo desconocido del deseo. Naná sonreía siempre, pero con una sonrisa de devora hombres.

—¡Caramba!—dijo sencillamente Fauchery á la Fa-loisé.

Marte, entretanto, acudía á la cita, con su penacho, y se encontraba con las diosas. Aquí había una escena, que Pruliére desempeñó ingeniosamente; acariciado por Diana, que quería intentar sobre él un postrer esfuerzo antes de entregarle á Vulcano, mimado por Venus, á quien la presencia de su rival estimulaba, abandonábase á estas delicias, con el aspecto plácido de gallo de azúcar. Un gran terceto ponía fin á esta escena; y en este momento apareció una acomodadora en el palco de Lucy Stewart y arrojó á las tablas dos enormes ramos de lilas. Tronó una salva de aplausos, y Naná y Rosa Mignon saludaron, mientras Pruliére recogía los dos ramos. Varios abonados del patio volvieron la cabeza, sonriendo, hacia la localidad ocupada por Steiner y Mignon. El banquero, colorado como un pavo, tenía agitada la barba por pequeños movimientos convulsivos, como si sintiera un nudo en la garganta.

Lo que siguió después, acabó de entusiasmar á los concurrentes. Diana, furiosa, se había marchado. Inmediatamente, Venus sentada en un banco de musgo, llamó á su lado á Marte. Nunca se había osado á presentar en el teatro una escena de seducción tan ardiente. Naná, ciñendo con los brazos el cuello de Pruliére, le atraía hacia sí, cuando Fontan, entregándose á una mímica de furor burlesco, exagerando al personaje de un esposo ultrajado que sorprende á su mujer en flagrante delito, apareció en el fondo de la gruta. Llevaba la famosa red de mallas de acero. Durante un momento, la balanceó cual pescador que va á echar el esparavel, y, por medio de un ingenioso mecanismo, Venus y Marte quedaron cogidos en la tram-

pa, rodeados por la red, inmovilizados en su postura de amantes felices.

Surgió un murmullo, como suspiro que va hinchándose. Algunas manos batieron palmas, todos los gemelos estaban fijos sobre Venus. Paulatinamente, Naná se había ido enseñoreando del público, y actualmente, cada hombre sufría su dominación. El vaho que de ella se exhalaba, como el de una bestia en celo, habíase ido extendiendo y llenaba la sala. A la sazón, todos sus movimientos infundían el deseo, y un solo gesto de su meñique bastaba para enardecer las carnes. Las espaldas se arqueaban, vibrando como si sus músculos estuviesen frotados por invisibles arcos; las nucas mostraban agitados sus vellos al impulso de soplos tibios y errantes salidos de no se sabe qué boca de mujer. Fauchery veía enfrente de él al colegial escapado, á quien la pasión levantaba de su butaca. Tuvo curiosidad de mirar al conde de Vandeuves y le vió muy pálido, mordiéndose los labios, á Steiner, cuya faz apoplética estaba á punto de estallar, á Labordette, que asestaba los gemelos con el aire sorprendido de chalán que admira una yegua perfecta, y á Daguenet, cuyas orejas enrojecidas se agitaban gozosas. Después, un instinto le hizo echar una mirada haacia atrás y quedó asombrado de lo que pasaba en el palco de los Muffat; á espaldas de la condesa, pálida y seria, erguíase el conde, con la boca abierta y el rostro jaspeado de rojas manchas, en tanto que, a su lado, en la sombra, los turbios ojos del marqués de Chouard se habían trocado en ojos de gato, fosforescentes, salpicados de oro. Hacía un calor sofocante, las cabelleras se aplastaban sobre las cabezas sudorosas. En las tres horas transcurridas desde que comenzara el espectáculo, los alientos habían calentado el aire con un olor humano. En el reflejar del gas, los polvillos en suspensión condensábanse, inmóviles debajo de la lucerna. La sala entera vacilaba, atacada de un vértigo, fatigada y excitada, presa de esos

deseos adormilados de media noche que balbucean en el fondo de las alcobas. Y Naná, en presencia de aquel público subyugado, de aquellos mil quinientos espectadores hacinados, anegados en el abatimiento y en el desorden nervioso de un final de espectáculo, permanecía victoriosa con su marmórea carne y su sexo asaz fuerte para aniquilar á toda aquella gente sin de ello resentirse.

La representación terminó. A los gritos triunfantes de Vulcano, el Olimpo en peso desfilaba por delante de los amantes, con exclamaciones de estupefacción y de jovialidad. Júpiter decía «Hijo mío, has sido muy necie, llamándonos á que viésemos eso.» Después, tenía lugar una reacción en favor de Venus. El coro de los cornudos, introducido nuevamente por Isis, suplicaba al señor de los dioses que no continuara su información; desde que las mujeres pasaban el día en casa, la vida se hacía imposible para los maridos; preferían quedar engañados y contentos, y aquí estribaba la moraleja de la obra. En seguida, ponían á Venus en libertad. Vulcano obtenía una separación de cuerpos, Marte reanudaba sus amoríos con Diana. Júpiter, para tener paz en su matrimonio, mandaba á su lavanderita á vivir en una constelación. Y por último, sacaban al Amor de su calabozo, donde se había entretenido haciendo pajaritas, en vez de conjugar el verbo «amar.» El telón bajó después de la apotheosis, en la que el coro de los cornudos, arrodillado, entonaba un himno de gratitud á Venus, sonriente y engrandecida en su soberana desnudez.

Los espectadores, levantados ya, se encaminaron á las puertas. Se anunció el nombre de los autores y hubo dos llamados á la escena, entre una tempestad de bravos. El grito «¡Naná! ¡Naná!» circuló furiosamente. Después, sin estar aún vacía la sala, quedó casi á oscuras; la batería se apagó, la lucerna redujo sensiblemente su luz, las largas colgaduras de lienzo gris surgieron de los palcos, cubriendo los do-

rados de las galerías; y aquella sala, poco há tan enardecida, tan ruidosa, cayó de repente en un sueño pesado, llenándose de un olor de moho y de polvillo. La condesa Muffat, en pie junto á la barandilla de su palco, forrada de abrigos, y esperando á que los concurrentes hubiesen salido, contemplaba la sombra.

En los pasillos, las acomodadoras, codeadas por el gentío perdían la cabeza entre los montones de prendas caídas al suelo. Fauchery y la Faloise se habían apresurado para asistir á la salida. A lo largo del vestíbulo, los hombres formaban fila, en tanto que, por la doble escalera, lentamente, bajaban, con regularidad y compactas, dos interminables colas de gente. Steiner, arrastrado por Mignon, había sido de los primeros en salir. El conde de Vandeuves partió, dando el brazo á Blanca de Sivry. Por un momento, Gaggá y su hija parecieron hallarse perplejas; pero Labordette corrió á tomarles un carruaje, cuya portezuela cerró galante, tras de ellas. Nadie vió pasar á Daguenet. Mientras el escapado de colegio, ardientes sus mejillas, decidido á esperar ante la puerta de los artistas, corría hacia el Pasaje de los Panoramas, cuya verja encontró cerrada, Satin, que estaba de pie en la acera, pasó junto á él, rozándole con su falda; pero el adolescente, desesperado, rehusó brutalmente y en seguida desapareció por entre la muchedumbre, bañados los ojos en lágrimas de dolor y de impotencia. Los espectadores encendían sus cigarros y se alejaban tarareando: «Cuando Venus ronda por la noche...» Satin, había vuelto á estacionarse delante del café de Variedades, donde Augusto le dejaba comer los restos de azúcar abandonado por los consumidores. Por fin, un hombre gordo, que salía muy enardecido, se la llevó consigo, en las sombras del bulevar.

Aun continuaba bajando gente. La Faloise esperaba á Clarisa; Fauchery había ofrecido acompañar á Lucy Stewart, con Carolina Héquet y su madre. Acababan de llegar al vestíbulo y permanecían en uno

de los ángulos, riendo muy alto, cuando pasaron los Muffat, con aire glacial. En aquel momento Bordenave, asomando la cabeza á una puertecita, obtenía de Fauchery la formal promesa de una revista. Estaba nadando en sudor, purpúrea la faz, como embriagado por el éxito.

—Lo menos dáis doscientas representaciones,—le dijo con galantería la Faloise.—¡Todo París desfilará por vuestro teatro!

Mas Bordenave, enfadándose, y designando con un brusco movimiento de barba al público que llenaba el vestíbulo, aquella aglomeración de hombres de labios secos, ojos ardientes, dominados por el deseo de poseer á Naná, gritó con violencia:

—¡Dí por mi burdel, maldito testarudo!

II

El día siguiente, á las diez, aun estaba durmiendo Naná. Ocupaba, en el bulevar Haussmann, el segundo piso de una casa nueva, cuyo propietario arrendaba las habitaciones á señoras solas, á fin de que le «secasen las paredes» (1). Un rico negociante de Moscú, que había venido á pasar el invierno en París, la instalara allí, pagando un semestre anticipado. La habitación demasiado vasta para ella, nunca había sido amueblada por completo; y con lujo chillón, consolas y sillas doradas, entremezclábanse con mue-

(1) *Secar las paredes*: Habitar una casa recién construída. Cuando se acabó de edificar el barrio *Saint Georges*, los alquileres se cotizaban á bajo precio, á fin de atraer inquilinos. Las muchachas de vida equívoca se refugiaron allí, recibieron la denominación de *loretas* y secaron no pocas paredes. De aquella fecha data esta locución. Hoy día, el *secamiento de las paredes* es más caro; opérase principalmente en la calle *Maubeuge*, con el concurso de las loretas del día, llamadas: *biches*, *cocottes*, *belles-petites*, etcétera. (N. del T., tomada de *Rigaud*.)